

PREPARACIÓN PARA LA MISA

RITOS INTRODUCTORIOS

«Es lo que no era, se ve lo que no se comprende y sólo queda creer que Dios puede hacer todas las cosas» (San Hilario).

CÓMO DEBE SER NUESTRA PARTICIPACIÓN EN LA MISA

«Como vemos en el milagro de la zarza ardiente: Moisés en el desierto, a los pies del Monte Horeb, vio una “zarza que ardía sin consumirse” (Cf. Ex 3, 2), eso le resulta sumamente atractivo: es el componente del *fascinosum*, y, cuando se acerca a esa zarza, oye la voz: “No te acerques. Quita las sandalias de tus pies, que el lugar en que estás es tierra santa” (Ex 3, 5). Estas palabras ponen de relieve la santidad de Dios, que desde la zarza ardiente revela a Moisés su Nombre (“Yo soy el que soy”), y con este Nombre lo envía a liberar a Israel de la tierra egipcia. Hay en esta manifestación el elemento del “*tremendum*”: la santidad de Dios permanece inaccesible para el hombre (“no te acerques”). Podemos decir que en el altar durante la Santa Misa se repite el hecho de la zarza ardiente, ya que obra el Espíritu Santo, y se hace sustancialmente presente el que dijo “Yo soy el que soy”».¹

Con esa idea y con ese entusiasmo y respeto tenemos que acercarnos al altar y participar de la santa Misa.

«Ars celebrandi

En los trabajos sinodales se ha insistido varias veces en la necesidad de superar cualquier posible separación entre el *ars celebrandi*, es decir, el arte de celebrar rectamente, y la participación plena, activa y fructuosa de todos los fieles. Efectivamente, el primer modo con el que se favorece la participación del Pueblo de Dios en el Rito sagrado es la adecuada celebración del Rito mismo. El *ars celebrandi* es la mejor premisa para la *actuosa participatio*. El *ars celebrandi* proviene de la obediencia fiel a las normas litúrgicas en su plenitud, pues es precisamente este modo de celebrar lo que asegura desde hace dos mil años la vida de fe de todos los creyentes, los cuales están llamados a vivir la celebración como Pueblo de Dios, sacerdocio real, nación santa (cf. 1 P 2,4-5.9)».²

Habíamos hablado de la importancia de la participación en la Misa; que debía ser **plena y consciente, interna y externa, activa**.

Ahora vamos a agregar que debe ser **fructífera**: la Misa no nos debe dejar igual. Tiene que haber fruto. Es **fructífera** cuando se alcanzan los fines de la Redención y no se es estéril.

¹ P. BUELA comentando a San Juan Pablo II: *Mysterium tremendum et fascinans*
<https://www.padrebuela.org/mysterium-tremendum-et-fascinans/>

² BENEDICTO XVI, *Sacramentum Caritatis*, 38.

Debe ser más **perfecta**:

«Se recomienda especialmente la participación más perfecta en la misa, la cual consiste en que los fieles, después de la comunión del sacerdote, **reciban del mismo sacrificio el Cuerpo del Señor**».³

RITOS INTRODUCTORIOS

-*El altar*. El altar es el lugar de Cristo-Víctima sacrificada. Su forma ha ido variando al paso de los siglos, conservando siempre como referencias fundamentales *la mesa* del Señor, en la que cena con sus discípulos, y el *ara*, significada a veces antiguamente por el sepulcro de un mártir, en la que se consuma el sacrificio del Calvario. En todo caso, la distribución espacial no sólo del presbiterio, sino de todo el templo, debe quedar centrada en el altar.

-*El ambón*. Es el lugar propio de Cristo-Palabra divina. Los fieles congregados reciben cuanto desde allí se proclama «no como palabra humana, sino como lo que es realmente, como palabra divina» (**1Tes 2,13**). Ha de dársele, pues, una importancia semejante a la del altar.

En efecto, «la dignidad de la palabra de Dios exige que en la iglesia haya un sitio reservado para su anuncio... Conviene que en general este sitio sea un ambón estable, no un fascistol portátil... Desde el ambón se proclaman las lecturas, el salmo responsorial y el pregón pascual; pueden también hacerse desde él la homilía y la oración universal de los fieles. Es menos conveniente que ocupen el ambón el comentarista, el cantor o el director del coro»⁴.

-*La sede*. Es el lugar de Cristo, Señor y Maestro, que está sentado a la derecha del Padre, y que preside la asamblea eucarística, haciéndose visible, en la fe, por el sacerdote. Cristo, en efecto, «está presente en la persona del ministro»⁵. Por eso, el lugar propio del sacerdote, *presedente* de la asamblea eclesial, es la *sede*, o si se quiere, la *cátedra* -de ahí viene el nombre de las catedrales-, desde la cual, en el nombre de Cristo, el obispo o el presbítero preside y predica, ora y bendice al pueblo.

No parece, pues, que *una silla normal o una banqueta* sean los signos más adecuados de algo tan noble. Sería, por otra parte, en general, *un error pretender que la liturgia de la Iglesia exprese la pobreza que Cristo vivió en Nazaret o en su ministerio público*. Entonces sí, la sede sería una banqueta, el ambón un atril cualquiera, el altar y los manteles una mesa común de familia, etc. Pero aunque es verdad que la hermosura propia de la pobreza evangélica debe marcar, sin duda, los signos de la liturgia, éstos deben remitir eficazmente a las realidades celestiales. Y en este sentido, como el Vaticano II enseña, fiel a la tradición unánime de Oriente y Occidente, «la santa madre Iglesia siempre fue amiga de las bellas artes, y buscó constantemente su noble servicio y apoyó a los artistas, principalmente para *que las cosas destinadas al culto sagrado fueran en verdad dignas, decorosas y bellas, signos y símbolos de la realidades celestiales*»⁶.

³ P. BUELA, *Ars Participandi*, pág. 20 de *Lumen Gentium*, 11; *Sacrosanctum Concilium*, 55.

⁴ *Ordenación General del Misal Romano*, 309.

⁵ *Sacrosanctum Concilium* 7ª.

⁶ *Idem* 122b.

Ritos de entrada al comienzo de la Misa

Procesión (la vida es un camino hacia la patria eterna), canto de entrada, subir las gradas del Altar (cada día de nuestra vida sacerdotal es un escalón más uniéndonos con Cristo hacia el Calvario).

«*En el nombre del Padre, + y del Hijo, y del Espíritu Santo*». Con este formidable Nombre trinitario, infinitamente grandioso, por el que fue creado el mundo, y por el que nosotros nacimos en el bautismo a la vida divina, se inicia la celebración eucarística. Los cristianos, en efecto, somos los que «invocamos el nombre del Señor» (**Gén 4,26; Mc 9,3**). Y lo hacemos ahora, trazando sobre nosotros el signo de la Cruz, de esa Cruz que va a actualizarse en la misa. No se puede empezar mejor.

«Para entender lo que es la Misa es indispensable tener ideas correctas acerca de Dios: de su existencia, naturaleza, operaciones, en especial, reconocer que es espíritu puro, libre, personal, providente y trascendente. Quien no tenga ideas correctas acerca de Dios, nunca sabrá lo que es la Misa. Las distintas formas de ateísmo que han invadido el campo católico, tienden, de suyo, a desconocer el puesto principal y primero que ocupa Dios en la Misa. Por eso hay tantos hombres y mujeres que no valoran la Misa, no la entienden y, en consecuencia, no participan o participan mal. De ahí que el principal enemigo de la participación eucarística sea el ateísmo teórico, pero, sobre todo, el ateísmo práctico o increencia.

El segundo gran enemigo de la participación eucarística es la falta de amor, sea por desconocer su verdadera naturaleza, sea por ser egoístas, sea por no saber obrar por amor.

El Hijo de Dios hecho hombre se inmola al Padre en el Espíritu Santo. Toda la Misa entra de lleno en lo que podríamos llamar ritmo trinitario. Del comienzo al fin. Comenzamos señalándonos con la Trinidad y terminamos recibiendo la bendición de la Trinidad. La impetramos en los Kyries. La glorificamos en el Gloria: «Gloria a Dios, Padre Todopoderoso, ... a su Hijo Jesucristo, ... al Espíritu Santo». La confesamos en el Credo: «Creo en Dios Padre Todopoderoso ... en su Hijo único Jesucristo ... en el Espíritu Santo». La invocamos al final de las oraciones principales. Le ofrecemos el sacrificio en la doxología (oración de alabanza) del final de cada plegaria eucarística: «por Cristo ... a Dios Padre ... en la unidad del Espíritu Santo...».

Toda la Misa está transida por la Santísima Trinidad. Todo es por el Hijo, en el Espíritu Santo, al Padre. De manera especial, en el momento de la consagración, en el cual, de hecho, aún prescindiendo de las palabras anteriores y posteriores, el Sacerdote Eterno, el Hijo encarnado, al consagrar su Cuerpo y su Sangre, se ofrece como víctima de expiación al Padre, en el Espíritu Santo.

Cuando se participa auténticamente de la Misa, la vida se hace más y más trinitaria. Uno va descubriendo cada vez mejor la presencia de la Trinidad en el alma y dialoga con las tres y con cada una de las Divinas Personas.

Aprendemos a dirigir todo nuestro obrar al Padre, lo obramos todo por el Hijo, nuestro único Mediador, y todo lo hacemos en el Espíritu Santo.

Además, no podemos prescindir de la Trinidad. Es el Hijo de Dios hecho carne el que perpetúa su sacrificio hecho en la Cruz, reiterando el rito incruento de la Última Cena en la Misa. No hay otro mediador entre Dios y los hombres:

No podemos prescindir de la Trinidad. Es el Espíritu Santo de Dios el que hace presente el «**mysterium**» por la acción litúrgica, por eso lo invocamos, en especial, en la epiclesis; el mismo es el que hace posible que el «**mysterium**» se haga vida en nosotros (participación).

No podemos prescindir de la Trinidad. Porque el sacrificio de la Misa se dirige al Padre, como puede advertirse en todas las oraciones eucarísticas, porque es el principio sin principio.⁷

Después de hacer la señal de la Cruz respondemos “Amén”.

«*Amén*» no corresponde a la traducción ¡Así sea!, que expresa un mero deseo, pero no una certeza (si así fuera sería incorrecto usarlo al recibir la comunión). Amén significa ciertamente, verdaderamente, seguramente, **sí: ¡Así es!** Deriva de la raíz hebrea «*aman*» que implica firmeza, solidez, seguridad (de allí: fe; creer, verdad).

*Acto penitencial*⁸

«Después el sacerdote invita al acto penitencial que, tras una breve pausa de silencio, se lleva a cabo por medio de la fórmula de la confesión general de toda la comunidad, y se concluye con la absolución del sacerdote que, no obstante, carece de la eficacia del sacramento de la Penitencia.

El domingo, especialmente en el tiempo pascual, a veces puede hacerse la bendición y aspersión del agua en memoria del Bautismo, en vez del acostumbrado acto penitencial».

*Señor, ten piedad*⁹

«Después del acto penitencial, se tiene siempre el *Señor, ten piedad*, a no ser que quizás haya tenido lugar ya en el mismo acto penitencial. Por ser un canto con el que los fieles **aclaman al Señor e imploran su misericordia**, deben hacerlo ordinariamente todos, es decir, que tanto el pueblo como el coro o el cantor, toman parte en él».

El *Catecismo* enseña que «la eucaristía no puede unirnos [más] a Cristo sin purificarnos al mismo tiempo de los pecados cometidos y preservarnos de futuros pecados»¹⁰. «Como el alimento corporal sirve para restaurar la pérdida de fuerzas, la eucaristía fortalece la caridad que, en la vida cotidiana, tiende a debilitarse; y esta caridad vivificada *borra los pecados veniales (Conc. Trento)*. Dándose a nosotros, Cristo reaviva nuestro amor y nos hace capaces de romper los lazos desordenados con las criaturas y de arraigarnos en Él»¹¹. Así pues, «por la misma caridad que enciende en nosotros, la eucaristía *nos preserva de futuros pecados mortales*. Cuanto más participamos en la vida de Cristo y más progresamos en su amistad, tanto más difícil se nos hará romper con él por el pecado mortal. La eucaristía [sin embargo] no está ordenada al perdón de los pecados mortales. Esto es propio del sacramento de la Reconciliación. Lo propio de la eucaristía es ser el sacramento de los que están en plena comunión con la Iglesia»¹².

⁷ P. BUELA, *Nuestra Misa*, pág. 13.

⁸ *Ordenación General del Misal Romano*, 51.

⁹ *Idem*, 52.

¹⁰ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1393.

¹¹ *Idem* 1394.

¹² *Idem* 1395.

*Gloria a Dios en el cielo*¹³

El *Gloria* es un himno antiquísimo y venerable con el que la Iglesia, congregada en el Espíritu Santo, glorifica a Dios Padre y glorifica y le suplica al Cordero. El texto de este himno no puede cambiarse por otro. (...) Se canta o se dice en voz alta los domingos fuera de los tiempos de Adviento y de Cuaresma, en las solemnidades y en las fiestas, y en algunas celebraciones peculiares más solemnes.

«Ojalá, pues, mi querido Hugo, que te empapes de calma, de **adoración**. Esta última palabrita es la que más quiero recalcarte: **adoración**. Tratar de palpar la inmensa grandeza de Dios, algo de lo que se ve en el Antiguo Testamento y que una explicación excesivamente dulzarrona nos hace olvidar a veces. Es absolutamente necesario el intimar con Cristo, el sentido de una fraternidad con Él, pero que nada nos haga olvidar la distancia infinita que nos separa; que si Él nos llama sus hijos no es porque tengamos derecho, sino por un gesto de su infinita bondad»¹⁴. (san Alberto Hurtado)

*Colecta*¹⁵

En seguida, el sacerdote invita al pueblo a orar, y todos, juntamente con el sacerdote, guardan un momento de silencio para hacerse conscientes de que están en la presencia de Dios y puedan formular en su espíritu sus deseos. Entonces el sacerdote dice la oración que suele llamarse “colecta” y por la cual se expresa el carácter de la celebración. Por una antigua tradición de la Iglesia, la oración colecta ordinariamente se dirige a Dios Padre, por Cristo en el Espíritu Santo y termina con la conclusión trinitaria, es decir, con la más larga, de este modo (...).

El altar¹⁶

*In memoriam de Don Jesús Luis Redondo,
Que hizo posible nuestro altar de ónix blanco.*

Hay una criatura que me ha sorbido el seso.

Es una criatura irracional.

Más aún, es una criatura inanimada.

Sin embargo, desde hace muchos años todos los días la beso dos veces. Una, cuando me acerco a ella; otra cuando me alejo y despido. Y lo hago porque así lo manda la Santa Madre Iglesia. A veces, incluso, la incienso. Esa criatura ¡...es el altar...!

Es el **centro del templo**. El templo es un pequeño cielo en la tierra, pero lo que en el templo hay de más celestial y divino, es el altar¹⁷.

¹³ *Ordenación General del Misal Romano*, 53.

¹⁴ SAN ALBERTO HURTADO, *Carta al Sr. Hugo Montes Brunet*, 24 de junio de 1948, Santiago. *Cartas e Informes*, p. 214.

¹⁵ *Ordenación General del Misal Romano*, 54.

¹⁶ Sermón del P. Buela; las negritas y lo que está entre [] es mío.

¹⁷ CARDENAL GOMÁ Y TOMÁS, *El valor educativo de la Liturgia católica*, Ed. Casulleras, Barcelona, 1945, p. 418.

Es el **polo** más importante de la acción litúrgica por excelencia, la Eucaristía.

Es **alta res**, una cosa excelsa, elevada, no sólo por el lugar elevado que ocupa, sino por las funciones que sobre él se celebran.

Es **lecho** donde reposa el Cuerpo entregado y la Sangre derramada.

Es **atalaya** desde donde se otean los horizontes del mundo, ya que *«cuando yo sea levantado de la tierra –dijo Cristo– atraeré a todos hacia mí»*. (Jn 12,32)

Es **navío** por donde se transportan nuestras intenciones al corazón de Dios.

Es **faro** que ilumina todas las realidades existentes, sin excluir ninguna, en especial las humanas, porque *«el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado»*¹⁸.

Es **pupitre** porque en él la Santa Trinidad escribe en nuestras almas las más sublimes palabras de vida eterna.

Es **oasis** en el que los cansados del camino renuevan las fuerzas: *«Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso»*. (Mt 11,28)

Es **base de lanzamiento** de donde pasa la Víctima divina junto con nuestros sacrificios espirituales al altar del cielo¹⁹.

Es **ágora**, punto de encuentro y de contacto de todos los hombres y mujeres que fueron, que son y que serán.

Es **puerto** de llegada y de partida.

Es **mástil y torreta de navío** desde donde debe mirarse el camino a recorrer para no errar el rumbo.

Es *«fuente de la unidad de la Iglesia y de concordia entre hermanos»*²⁰.

Es **cabina de comando** desde donde deben tomarse las correctas decisiones para hacer siempre la Voluntad de Dios.

Es **clarín** que convoca a los que se violentan a sí mismos: *«El reino de los cielos sufre violencia y los violentos lo conquistan»*. (Mt 11,12)

Es **bandera desplegada** porque abiertamente nos manifiesta todo lo que Dios nos ama y, con toda libertad, nos enseña cómo ser auténticamente libres.

Es **ejército en orden de batalla**, donde claudican las huestes enemigas.

Es **regazo materno**, seguro cobijo para el desamparado.

Es **encrucijada** de todas las lenguas, razas, pueblos, culturas, tiempos y geografías, y de todos los hombres y mujeres de buena voluntad de toda creencia, porque *«por todos murió Cristo»*. (2Cor 5,15)

Es **antorcha** porque la cruz «mantiene viva la espera... de la resurrección»²¹.

Es **trampolín** que nos lanza a la vida eterna.

¹⁸ Concilio Vaticano II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, *Gaudium et spes*, 22.

¹⁹ Cf. *Misal romano*, plegaria eucarística I.

²⁰ *Pontifical Romano*, Ritual de la dedicación de un altar, Plegaria de la Dedicación.

²¹ JUAN PABLO II, L'O.R., 9 de abril de 1999, p.8.

Es **hogar, horno, brasero**, donde obra el Espíritu, «*el fuego del altar*». (Ap 8,5)

Es **mesa** donde se sirve el banquete de los hijos de Dios, por eso se le pone encima mantel. Sobre él, se reitera el milagro de la Última Cena en el Cenáculo de Jerusalén. Se realiza la transubstanciación.

Es «**símbolo de Cristo**»²², que fue sacerdote, la víctima y el altar de su propio sacrificio, como decían San Epifanio²³ y San Cirilo de Alejandría²⁴. [Cristo] Es el Altar vivo del Templo celestial²⁵. «*El altar de la Santa Iglesia es el mismo Cristo*»²⁶. Es el propiciatorio del mundo. «*El misterio del altar llega a su plenitud en Cristo*»²⁷. María está junto a Él.

Es **imagen del Cuerpo Místico**, ya que «*Cristo, Cabeza y Maestro, es altar verdadero, también sus miembros y discípulos son altares espirituales, en los que se ofrece a Dios el sacrificio de una vida santa*»²⁸. San Policarpo amonesta a las viudas porque «*son el altar de Dios*»²⁹. «*¿Qué es el altar de Dios, sino el espíritu de los que viven bien?... Con razón, entonces, el corazón (de los justos) es llamado altar de Dios*» enseña San Gregorio Magno³⁰.

Es **ara**. Sobre todo, es **ara**. Sobre él se perpetúa, a través de los siglos y hasta el fin del mundo, de manera incruenta, el Único sacrificio de la cruz.

Es una criatura inanimada.

Es una criatura irracional.

Pero me sorbió el seso.

[La Santísima Virgen, que está siempre junto al altar (como leíamos más arriba) nos ayude cada día a comprender un poco más lo grande, lo maravilloso, lo extraordinario que sucede en cada Santa Misa, y así unirnos cada vez más a Cristo, altar, siendo otros altares, o sea sacrificándonos con Él, buscando sólo y únicamente hacer su Santísima Voluntad].

Decía el padre Buela «el alma que ama a Dios no puede dejar la santa Misa».

¡Ave María y adelante!

²² Cf. Nota 4.

²³ *Panarium*, II,I,Haeresis, 55.

²⁴ *De adoratione...*, IX.

²⁵ Cf. Heb 4,14; 13,10.

²⁶ *Antiguo Pontifical Romano*, Consagración del altar, Or.

²⁷ Cf. Nota 4.

²⁸ Cf. Nota 4.

²⁹ Ad Phil. 4,3.

³⁰ Hom in Ezech, II 10,19.